

## 4

## Culturas, subculturas juveniles y violencia

La vinculación entre culturas, subculturas y violencia ha sido una constante desde numerosos ámbitos, adquiriendo especial relevancia desde el punto de vista mediático y social, generándose procesos de estigmatización en ocasiones. La posición de los y las jóvenes en la sociedad, la rebeldía que se supone a esa etapa de la vida, la frustración y los conflictos intergeneracionales o el papel de determinadas prácticas de ocio y de los grupos de pares en la conformación de las identidades juveniles, forman parte de los factores que contribuyen a explicar la relación entre culturas y subculturas juveniles y violencia. Sin embargo, no es un fenómeno sencillo, al contrario, y tampoco puede reducirse a argumentaciones limitadas o justificativas del orden vigente. Además, los cambios acaecidos en las dos últimas décadas, desde la irrupción de las Tecnologías de la Información y la Comunicación (TICs) hasta la preeminencia de un modelo de sociedad más individualista y consumista, dando lugar a una transformación de las prácticas de ocio, de las formas de socialización, etc., que están generando una revisión del propio concepto de culturas y subculturas juveniles y, dentro del mismo, de su relación con la violencia y otras conductas antisociales.

**Palabras clave:** Culturas juveniles, subculturas juveniles, tribus urbanas, violencia, conductas antisociales.

### 1. Introducción

La juventud, como etapa vital, se encuentra en un escenario de transformación como consecuencia de los cambios acaecidos en todos los ámbitos en las últimas décadas. El tiempo de la juventud se ha ampliado en la vida del ser humano contemporáneo, y variables que le determinaban no operan de la misma forma. Una de ellas será la forma de agregación y de identificación de las personas jóvenes, cómo forman y operan sus identidades colectivas. Si en las décadas anteriores el análisis de las culturas y subculturas juveniles se podrían definir como más estáticas y previsibles, en la actualidad con los cambios acaecidos en la juventud como etapa vital, las transformaciones de una sociedad más individualista y consumista, la irrupción de las Tecnologías de la Información y la Comunicación (TICs), las nuevas formas de ocio, etc., han dado lugar a nuevas formas de sociabilidad y a formas de crear y transmitir identidades colectivas diferentes.

El presente artículo aborda la relación entre culturas y subculturas juveniles con diferentes formas de violencia. Partimos de una serie de supuestos vinculados a hechos considerados como propios de la juventud (inconformismo, ganas de experimentar, frustración por no poder llevar las riendas de su propio proyecto de vida), así como otros derivados de la posición social de la juventud, pudiendo implicar ellos una subversión del orden social imperante. Pero también se tendrán en cuenta los nuevos escenarios relativos a la universalización y omnipresencia de las TIC, entre

otras cuestiones, y si se pueden vincular a las culturas y subculturas juveniles, especialmente en el hecho de si se generan actitudes y comportamientos violentos.

El mundo de la juventud se encuentra en un escenario más complejo que en décadas anteriores, precarizada su situación con altas tasas de desempleo, dependencia del núcleo familiar, promesas sociales incumplidas en relación a la formación y la inserción sociolaboral, etc., que está provocando una creciente desconfianza de los y las jóvenes hacia el mismo sistema social (Andrés y Ponce de León, 2016).

Igualmente, también se han flexibilizado las fronteras entre el mundo de la juventud y el adulto, en un proceso en el que no sólo tiene influencia la precarización de los y las jóvenes sino en la expansión de formas de ocio y de estilos que son considerados propios de la juventud y que llegan a generaciones que hace tiempo que dejaron de ser jóvenes. En este sentido, se podría decir que en no pocas ocasiones la juventud se siente como en una “tierra de nadie”, especialmente también en una sociedad en la que se sacralizan determinados aspectos juveniles. Pero, a pesar de estos cambios, podemos seguir señalando que “la juventud hoy sigue teniendo el carácter de etapa diferenciada y con entidad propia, que se define, todavía por contraposición al momento adulto, en términos estructurales y culturales” (Chicharro Merayo, 2014: 78).

Ocio y estilos de vida serán dos aspectos fundamentales en las próximas páginas por su influencia en la conformación de culturas y subculturas, especialmente en el caso de la música tanto como generadora de identidades y como elemento central de las mismas, especialmente a partir de la segunda mitad del siglo XX, con el nacimiento del Rock & Roll, un punto de inflexión sin duda alguna (Rubio Gil y San Martín Pascual, 2012). La juventud se caracteriza por su diversidad y heterogeneidad. Y especialmente en un contexto como el actual, en el que las identidades colectivas ya no son tan monolíticas sino que están caracterizadas por una diversidad de influencias y elementos que las conforman. Las antiguas certezas han ido disminuyéndose y la modernidad y la posmodernidad se caracterizan por su porosidad y su carácter líquido (Bauman, 2002).

El análisis de las culturas y subculturas juveniles alcanza en el contexto español una mayor importancia a partir de la transición a la democracia. Es un proceso en el que se pueden diferenciar a las propias subculturas, formadas por minorías juveniles visibles, y estilos de vida, en los cuales se encuadraría la mayor parte de la juventud (Feixa y Sánchez García, 2015). Si bien es cierto que esa segunda mitad de la década de los setenta del siglo XX y especialmente la de los ochenta pueden considerarse como el tiempo de las “tribus urbanas”, especialmente significativo en el caso de su vinculación con estilos musicales a través de la generación de escenas (del Val Ripollés, 2017), en los noventa comienza a complejizarse el análisis de las mismas, incorporándose otros movimientos que estarán vinculados en parte a los jóvenes. Y lo harán también con referencia a la protesta política y social, por ejemplo los movimientos antiglobalización, y ya más adelante el 15M de 2011 y las protestas sociales de los años de la crisis sistémica que comenzó en 2008.

Sin embargo, y como veremos posteriormente, también habría que precisar si estos movimientos pueden ser considerados como culturas y subculturas juveniles, a pesar del protagonismo con el que cuenta la juventud en su constitución y desarrollo. De la misma forma podría señalarse el movimiento

ultra en el mundo del fútbol, con algunas características que también estarían presentes en culturas y subculturas juveniles, y con un incremento de la violencia entre sus filas.

Hay que partir de la base de que culturas y subculturas juveniles son minoritarias y, dentro de las mismas, las conductas y comportamientos violentos o incurrir en delitos también es algo excepcional. No cabe duda que existen situaciones de violencia, pero estaríamos cayendo en un grave error en su generalización y estigmatización. Sin embargo, para analizar esta relación es necesario partir de los cambios que se han producido en todos los ámbitos. Las transformaciones de las dos últimas décadas han afectado a la valoración de la violencia como forma de expresión, imponiéndose visiones de deslegitimación de la misma como herramienta de protesta. Valga como ejemplo, las condenas y precauciones que se toman en ese sentido en cualquier manifestación o protesta, excluyendo o separando a los grupos más violentos y extremistas, por cuanto el uso de la violencia es considerado más que nunca, el medio menos adecuado.

En todo caso, no hay que olvidar el peso de los medios de comunicación a la hora de transmitir estos fenómenos y cómo se produce tanto una amplificación de estas conductas, como en ocasiones, una estigmatización de los jóvenes (Montero-Hernanz, 2014; Morillas Fernández, 2013; Pozuelo Pérez, 2013; Álvarez Villa, 2008), asociándose a las mismas (Polaino-Lorente, 2008), generándose situaciones incluso de “pánico social” (Cohen, 2017), cuando la delincuencia juvenil se caracteriza por “su carácter esporádico y su escasa gravedad, que suele disminuir e incluso desaparecer en la mayoría de los casos a medida que se va alcanzando la edad adulta” (Pozuelo Pérez, 2013: 139). Aunque tampoco debemos dejar de señalar que existen límites tradicionales a la hora de medir la delincuencia juvenil y el uso de la violencia, relacionadas con factores legales, estadísticos, sustantivos y de política criminal (Montiel Juan, 2016). Este hecho también supondría una importante distorsión del propio (Vázquez et al., 2014).

En todo caso, culturas y subculturas juveniles son una importante fuente de identidad para sus integrantes y no pocas de ellas se presentan como un acto de rebeldía frente al orden establecido, una forma de canalizar las expresiones de este colectivo. Uno de los elementos más importantes para analizar las culturas y subculturas juveniles, y su relación con conductas antisociales o violentas, es hasta qué punto estas culturas y subculturas van en la actualidad contra dicho orden. Es decir, si han perdido fuerza en su dimensión más reivindicativa o incluso contracultural, y han deslegitimado la violencia como forma de expresión.

En definitiva, las culturas y subculturas juveniles, se han convertido en parte del paisaje de nuestras sociedades, y representan expresiones de una parte de un colectivo como el de los jóvenes. Porque desde *rockers*, *mods*, *punks*, *heavies*, *metaleros*, *emos*, *hiphoperos*, *bandas latinas hasta skaters*, *gamers*, incluso ultras de fútbol, etc., son un hecho sociológico con múltiples dimensiones.

## 2. Culturas y subculturas juveniles

Para analizar la relación entre culturas y subculturas juveniles con conductas antisociales, violencia y hechos delictivos es necesario partir inicialmente de la definición de estos conceptos. En primer lugar, para Feixa “las culturas juveniles se refieren a la manera en que las experiencias sociales de los jóvenes son expresadas colectivamente mediante la construcción de estilos

de vida distintivos, localizados fundamentalmente en el tiempo libre o en espacios intersticiales de la vida institucional" (1999: 84). Por su parte, Rubio Gil y San Martín Pascual indicarían que "subcultura es un término partitivo, no peyorativo, y cada subcultura implica una pertenencia a otra cultura global, pero que como microsistema complejo puede ser estudiada cada una, a través de sí misma" (2012: 200). Además, con respecto al concepto de subcultura se incorpora la dimensión territorial a través de las tribus urbanas, un componente sin duda muy identificado con los procesos de modernidad y el crecimiento de las ciudades en las décadas pasadas. Las subculturas juveniles tendrían, por lo tanto, su origen en la ciudad ya que "son ante todo una forma de expresión cultural de generaciones de jóvenes que de una forma u otra han quedado completamente desplazadas de los parámetros de integración de la sociedad adulta (del *establishment* cultural, político y social)" (Bermúdez y Carvajal García, 2007: 3).

En cualquier caso, los dos conceptos inciden en el aspecto colectivo, destacándose como una forma de expresión, y con especial incidencia del tiempo libre y del ocio en el caso de las culturas juveniles. Sin embargo, también hay que reseñar que tampoco se puede hablar de una única forma de vivir la juventud en sociedad; si no que se trata de una heterogeneidad que está presente a pesar de que se realiza, especialmente desde los medios de comunicación, una simplificación y homogenización de la misma. De esta forma, "cada subcultura comparte una ideología, como forma de entender la sociedad y sus conflictos, dando base a su existencia y como filosofía de vida: una posición frente a la diferencia sexual, económica o étnica, qué se piensa de las autoridades, qué valor le dan a la salud, la participación sociopolítica, la violencia, las relaciones sexuales, etc." (Rubio Gil y San Martín Pascual, 2012: 201).

De la misma forma que las propias culturas y subculturas juveniles han evolucionado y se han transformado, también lo han hecho los estudios que las han abordado. Así, si los primeros análisis en las décadas centrales del siglo XX se observaron desde posiciones más estructuralistas, poniéndose el foco en la desviación con respecto a la norma social dominante, los siguientes enfoques se han caracterizado por una mayor comprensividad y por poner el acento en el propio discurso de los actores y en la subjetividad de los mismos (Bermúdez y Carvajal García, 2007; Feixa, 1994).

Uno de los aspectos fundamentas para el análisis de las culturas y subculturas juveniles es el papel que desempeñan las mismas. Y es que estos grupos son fuentes de identidad, generando entre sus integrantes afectividad, seguridad, cohesión, etc., aportando elementos positivos a su identidad individual (Tajfel, 1982). Este aspecto es fundamental en periodos como la adolescencia y la juventud, cuando la socialización primaria puede ser cuestionada y entrar en colisión con otros modelos: "a esta edad el sentido de pertenencia al grupo está más presente de lo que nunca había estado y probablemente de lo que estará. Por sentido de pertenencia al grupo entendemos la seguridad que tiene el individuo de ser aceptado y formar parte de un grupo, así como de la sociedad en general" (Lázaro, 2008: 219). Además, formando parte de un grupo se produce también el aprendizaje de una serie de valores y normas que no pertenecen al del mundo de los adultos, dándose también lugar a que los comportamientos individuales puedan difuminarse en los del grupo mismo.

Los y las jóvenes buscan en estos grupos una fuente de reconocimiento y una posición en el mundo, la cual no encuentran en el que la sociedad les reserva: "el joven de hoy en día, espera a que sus padres le ayuden a vislumbrar su

futuro como adulto, y mientras espera ociosamente a que algo cambie, adquiere un estilo de vida, que sólo consiste en distanciarse culturalmente de una sociedad que los jóvenes no han fabricado” (Bermúdez y Carvajal García, 2007: 13). Para ello será necesario hacerlo desde el punto de vista de la distinción, de significarse con respecto a los otros, para lo que tendrá una gran importancia el uso del tiempo libre y del ocio: “socializarse en lo juvenil, o adquirir los conocimientos necesarios para ejercer plenamente ese papel. Las prácticas de ocio y tiempo libre, y entre ellas los consumos audiovisuales y digitales, se convierten en elementos de diferenciación para ese grupo de edad” (Chicharro Merayo, 2014: 78).

Este escenario de enfrentamiento, de cuestionamiento del orden establecido, de conflicto generacional, etc., ha dado lugar a que se hayan visto a estos colectivos desde el punto de vista de la agresividad y de la desviación, pero realmente no dejan de ser formas de expresión alternativas (Bermúdez y Carvajal García, 2007: 15). La existencia de formas de violencia vinculadas a culturas y subculturas juveniles, siempre han sido minoritarias y, como veremos posteriormente, también hay que diferenciar hacia dónde va dirigida la misma, si es contra la sociedad, de forma abstracta, contra otros grupos por los que compiten tanto de forma territorial como simbólica, bien un uso ritual de la violencia, etc.

La juventud como tal, acumula un sentimiento de discriminación social, incluso de exclusión. Ya se ha señalado las dificultades con las que cuentan para articular un proyecto de vida, lo que genera un sentimiento de frustración que puede expresarse o canalizarse a través de formar parte de una subcultura, lo que da lugar a la aceptación por el grupo, al compartir una identidad, a un apoyo mutuo... Por lo tanto, no debe dejarse de lado cómo la propia juventud percibe su situación en la estructura social. Y es que es una etapa marcada por la inseguridad, por el deseo de poder tomar sus propias decisiones en un contexto que no se lo permite, por asumir el control. El grupo, en ese sentido, es fundamental porque comparte sus mis problemas y anhelos, reforzándose de esta forma su propio relato. Dentro de ese grupo, además, las formas de rebeldía pueden expresarse y canalizarse.

Dentro de este proceso, los y las jóvenes son “agentes activos que contribuyen a la producción, reproducción y transformación de los valores culturales, normas y significados de la sociedad en la que viven” (Feixa y Sánchez García, 2015: 123). Es decir, no hay que observarlos como actores pasivos que se integran en un colectivo o grupo, al contrario.

El papel del ocio y del tiempo libre es determinante y aspectos como la música han desempeñado un papel muy activo. Si en la década de los cincuenta del siglo XX en Estados Unidos el Rock & Roll supuso un punto de inflexión social, no cabe duda que las siguientes décadas vieron emerger a nuevas tribus urbanas que incluso pugnaban por el territorio y la construcción de un relato. *Mods, hippies, punks, heavies, pijos, hiphoperos*, etc., conformaban el paisaje urbano, algunos de ellos cuestionando claramente el modelo dominante. Eran estilos musicales a los que se vinculaba una estética, unos valores, un estilo de vida a la postre, pero también eran etapas de transición antes de pasar a la vida adulta. Sin embargo, el mundo de la música iba a sufrir una serie de transformaciones determinantes poco después de la aparición de la última gran subcultura juvenil asociada al *Rock & Roll*, el *Grunge* en la década de los noventa del siglo XX. El *Grunge* puso en el sistema a lo alternativo o *indie*, una derivación

que se contrapondría al *mainstream* o lo “comercial” desde entonces, a pesar de determinadas contradicciones internas (buena parte de lo denominado indie partía de las mismas multinacionales y majors que dominaban el *mainstream* y no dejaba de ser un producto más), las cuales alcanzarían su máxima expresión ya entrado el siglo XXI con el estilo denominado hipster (Lenore, 2014).

La industria musical viviría un terremoto a principios del siglo XXI con la llegada de Internet, lo que implicaría un cambio de modelo que también iba a afectar al papel de la música como generadora de identidad y sentido. La nueva forma de consumir la música, con el peso del *streaming* y de canales como *YouTube*, iba a generar un eclecticismo y una cultura del “picoteo”, rompiéndose las barreras de las anteriores tribus urbanas. Se iban a derribar numerosos prejuicios pero también es cierto que ese proceso iba a afectar a la generación de un cierto sentido.

Las TIC van a desempeñar un papel central en la vida de la juventud, auténticos nativos digitales, una comunicación visual y relaciones basadas en las Redes Sociales (Feixa, 2014). De esta forma, también adquirirán un importante valor para la socialización y determinarán las formas de ocio y el uso del tiempo libre: “la ficción televisiva y los videojuegos que consumen las personas jóvenes tienen un carácter subcultural y apuntan a algunas de las distinciones entre etapa juvenil y etapa adulta” (Chicharro Merayo, 2014: 80). En este sentido, podemos hablar de nuevas subculturas juveniles, por ejemplo los *gamers* y su vinculación con los videojuegos, pero también es preciso observar las diferencias con las subculturas anteriores, especialmente en lo relativo a la forma de relacionarse con los otros integrantes del grupo: ¿hasta qué punto existe una conciencia de ser parte de uno?

Una de las culturas juveniles que han adquirido una especial visibilidad en las dos últimas décadas han sido las “bandas” constituidas por jóvenes latinoamericanos llegados con la inmigración, donde cobra especial importancia la Globalización y la rápida transmisión de la información por Internet. Son grupos en los que la dimensión territorial es determinante así como la dimensión afectiva que aporta a sus integrantes: “el término ‘banda’ se convierte en paradigma de nuevas formas de sociabilidad juvenil, aplicándose desde este momento sólo a jóvenes de origen migrante y limitándose en la mayoría de los casos a su vertiente criminal, mientras el término ‘tribus urbanas’ se identifica sólo con jóvenes autóctonos, se convierte en algo vinculado a la moda o desaparece” (Feixa y Sánchez García, 2015: 111).

Es interesante observar cómo la llegada de estas bandas supuso una estigmatización de diversos colectivos y una caracterización de determinadas subculturas juveniles, vinculada a una serie de estereotipos en los que la violencia estaba presente por determinados comportamientos de algunos de sus integrantes. Igualmente, es importante señalar las transformaciones de unas identidades que “surgen en un territorio fronterizo donde, además de la cultura hegemónica y de las culturas parentales, confluyen varias tradiciones subculturales” (Feixa, 2006: 25).

El peso de movimientos políticos y sociales, desde los antiglobalización de finales de la década de los noventa del siglo, a los que dieron lugar al 15M, también pueden ser vistos desde el prisma de las culturas y subculturas juveniles, a pesar de su transversalidad, pero donde prima una elevada presencia juvenil. En todo caso, habría que observar también los vasos comunicantes con otras culturas y subculturas juveniles.

En definitiva, nos encontramos con cambios importantes en los valores de los y las jóvenes y en cómo se articularían en forma de culturas y subculturas juveniles. Sin embargo, se observa una articulación todavía en forma de rebeldía/confrontación con unos valores dominantes (mainstream), caracterizados por lo “políticamente correcto”, aportando la juventud una visión más abierta y crítica (Alcoceba Hernando y Hernández Fernández, 2015).

### 3. Violencia juvenil y conductas antisociales: tópicos, lugares comunes y realidades

En primer lugar, es necesario señalar que hay muchos menos delitos cometidos por la juventud, de la imagen que se transmite desde determinadas agencias. De hecho, se vienen reduciendo los delitos cometidos por menores en los últimos años<sup>(1)</sup>, aunque en ocasiones los medios de comunicación transmiten una sensación diferente, de alarma y pánico social, magnificándose y generalizándose hechos puntuales como si fuesen cotidianos (Cohen, 2017; Montero Hernanz, 2011). Esa identificación y amplificación mediática de determinadas conductas, especialmente las que impliquen el uso de la violencia, van a afectar a determinadas subculturas juveniles, vinculándolas con cuestiones como las drogas y la propia violencia urbana, como por ejemplo, en la segunda mitad de la década de los noventa en el caso de los *okupas* y *skinheads* (Feixa y Sánchez García, 2015).

Hay algunas conductas que se asocian a la juventud derivadas de la impulsividad y de la búsqueda constante de novedades, que implicaría una baja reflexividad en la toma de decisiones (Osorio, 2008). Igualmente, la juventud también se ve asociada a aspectos como la emotividad, la simplicidad o la estabilidad, que están vinculadas a lo “primitivo” (Bermúdez y Carvajal García, 2007). En este ámbito también entrarían en escena cuestiones como el consumo de drogas, en los momentos de ocio o no, que está relacionado con comportamientos violentos y/o delictivos (Uceda-Maza et al., 2016), aumentándose la probabilidad de ese tipo de conductas (Lázaro, 2008). No hay que olvidar que el consumo de drogas entre los jóvenes, en gran medida vinculado al ocio recreativo, sigue siendo un objeto de estudio fundamental desde diferentes ámbitos (Cañedo, 2017; Megías Quirós y Ballesteros Guerra, 2013).

En este punto también hay que diferenciar conductas antisociales y delitos, aunque no todas se pueden considerar como violentos, ya que la mayoría de la juventud habría cometido alguna de las primeras (consumir alcohol, uso ilegal del ordenador, etc.), mientras que una minoría reducida habría cometido delitos como conductas violentas o contra la propiedad (Morillas Fernández, 2013). Dentro de conductas antisociales se incluyen, por ejemplo, el consumo de alcohol en el caso de los menores, relativizada socialmente cuando no aceptada. Algunos autores, como por ejemplo Sánchez-Teruel (2012), van un paso más allá e indican que estas conductas antisociales también implicarían una violación de las normas sociales y que irían en contra de las costumbres sociales.

Los delitos o las conductas antisociales que cometen los y las jóvenes están determinadas por una elevada diversidad de factores, tanto individuales como sociales, entrando dentro de estos últimos la pertenencia al grupo. Sin embargo, Bermúdez y Carvajal García señalan que “algunos patrones comunes, donde destaca escuela, familia y ocio, pero donde la pertenencia a

(1) Galán, J. (27-01-2018). “Cada vez hay menos delitos cometidos por menores”. *El País*, [https://politica.elpais.com/politica/2018/01/26/sepa\\_usted/1516991642\\_453979.html](https://politica.elpais.com/politica/2018/01/26/sepa_usted/1516991642_453979.html)

una subcultura o estilo juvenil, nada o prácticamente nada tiene que aportar al hecho delictivo cometido por el menor, salvo en los casos de violencia grupal que habitualmente suelen producir los ultras o grupos de forofos de fútbol, y las bandas o cuadrillas que (...) y que no pueden considerarse ni subculturas, ni tribus urbanas propiamente dichas” (2007: 12).

De lo que no cabe duda es de que esa violencia juvenil, esas conductas antisociales, pueden venir marcadas por el sentimiento de frustración en los y las jóvenes, por el enfrentamiento generacional, pudiéndose canalizar hacia el sistema a través de la adscripción a grupos que emplean la violencia de forma ritual como los ultras de fútbol o algunas bandas callejeras (Bermúdez y Carvajal García, 2007: 14). De hecho, comportamientos violentos suelen formar parte de ritos de iniciación de estos grupos, incluso se produce una planificación de encuentros, batallas, etc.

Como hemos señalado anteriormente, habría que observar hacia dónde se dirige esa violencia. La misma se ha identificado en no pocas ocasiones con manifestaciones o grupos antisistema, es habitual que las imágenes que se muestran de estos grupos sean de enfrentamientos con las fuerzas del orden público o la ruptura del mobiliario urbano. Reducir los comportamientos antisistema a comportamientos violentos es, sin duda alguna, una simplificación. Pero, si el uso de la violencia frente a la sociedad, o al sistema como ente abstracto, pudo ser una forma de canalizar la frustración, el descontento o desengaño, es evidente que se ha producido un descenso de la misma. Por un lado, por no ser considerada una vía legítima, incluso perjudicial. Pero, en otro sentido, porque también los comportamientos antisociales o el cuestionamiento del orden establecido es diferente o se canaliza de otra forma.

En relación al ejercicio de la violencia por parte de culturas y subculturas juveniles, es importante reseñar el enfrentamiento entre diferentes grupos, produciéndose una competencia territorial y simbólica. Y aunque en el pasado los enfrentamientos entre tribus urbanas podían ser más frecuentes, *rockers* frente a *mods* por ejemplo, en la actualidad esa violencia entre grupos se da más entre ultras futbolísticos y los caracterizados por el extremismo político.

En este sentido, es importante en este punto destacar la cuestión de los ultras a los que Adán, a diferencia de otros autores, indica que “podemos considerar la subcultura ultra como una subcultura juvenil netamente europea de amplio espectro que, frente a otras subculturas limitadas a un ámbito geográfico (fundamentalmente, Gran Bretaña), es exportada (y adaptada) a otros países y contextos culturales desde hace más de treinta años (2004: 88). Adán insiste en la “cultura del hincha” como un agente de socialización de parte de la juventud y cómo en la misma tiene una gran importancia la violencia como un elemento de gran carga simbólica. Además, se insiste en la diversidad y heterogeneidad del fenómeno ultra en la década de los ochenta del siglo XX en el caso español y de la deriva posterior hacia posiciones políticas extremistas.

En definitiva, se han criminalizado determinadas conductas vinculadas a culturas y subculturas juveniles, porque suponen una ruptura de la norma vigente. Se produciría una confrontación con la cultura dominante desde la subcultura, pero no es menos cierto que existe una relación compleja entre ambas. Para algunos autores, por ejemplo Matza, los delitos juveniles, implicarían una parte de la propia vida social, siendo los y las jóvenes que

los comenten integrantes de la misma, considerando que no hay una elevada duración de las transgresiones (Huertas Díaz et al., 2016).

De hecho, a comienzos de la segunda mitad del siglo XX, cuando el fenómeno comenzaba a adquirir visibilidad, también se plantea que ese comportamiento es desviado en relación a un orden social que estaría caracterizado por unos valores de un modelo de sociedad basado en la clase media (Matza y Sykes, 2014). Sin embargo, habría que plantearse cómo se ha transformado esa cultura de clase media con los cambios acaecidos en la última década en los que ha sufrido importantes cambios de valores (Andrés Cabello, 2015; Hernández, 2014).

Por otra parte, otras visiones como la de Huertas Díaz et al. (2016) también ponen el foco en los mecanismos de control del Estado y cómo esa categorización de la desviación de la norma contribuiría a producirla, lo que daría lugar a un recrudescimiento de las sanciones y de las penas para las conductas antisociales, a la par que crece la estigmatización.

En definitiva, **se observa que el uso de términos como “conductas desviadas” del orden establecido y de los valores imperantes, y que se han vinculado en parte a las subculturas juveniles**, han sido una constante y parece que no dejará de serlo; aunque habría que buscar sus orígenes, en parte vinculados a la búsqueda del lugar de estos colectivos. Esta estigmatización de la juventud sigue produciéndose con cuestiones como por ejemplo el botellón o las bandas, generándose una visión sesgada que se vincula en no pocas ocasiones con aspectos vinculados a la delincuencia urbana y a conductas violentas (Bermúdez y Carvajal García, 2007: 6).

En cuanto a la cibercriminalidad, es un fenómeno importante y reciente, en el que los y las jóvenes son un colectivo de alta vulnerabilidad, en un entorno en el que se están socializando en mayor medida estos nativos digitales (Montiel Juan, 2016). Cuestiones vinculadas a aspectos como las descargas ilegales, la propiedad intelectual, etc., cobran cada vez mayor visibilidad. Pero uno de los aspectos en los que más se ha incidido en relación a las TIC es la debatible relación entre videojuegos y violencia, existiendo estudios que no encuentran vinculación<sup>(2)</sup>. Existen numerosos prejuicios y desconocimiento sobre el mundo de los videojuegos, pero en la opinión pública domina una visión sobre sus efectos negativos, relacionados con cuestiones como el “enganche” o la “adicción”, la generación de agresividad, el aislamiento social o determinadas conductas antisociales que estarían vinculadas a estas actividades, aunque también los videojuegos contarían con efectos positivos. De hecho, sería el robo la conducta delictiva asociada de forma más clara con los videojuegos como forma de financiar esa práctica (Tejeiro Salguero et al., 2009).

Otro elemento importante es la influencia de los medios de comunicación y de Internet como agentes de socialización y de transmisión de determinados modelos de comportamiento (Polaino-Lorente, 2008). Y es que, en ese sentido, “la propia violencia se ha convertido en una mercancía espectacular que se consume ávidamente en películas, series de televisión, reality shows, etc., al alcance diario de los menores que perciben escenas y hechos sin disponer del grado de maduración personal imprescindible para digerir adecuadamente estas situaciones” (Álvarez Villa, 2008: 264). Sin embargo, habría que precisar hasta qué punto estos hechos estarían vinculados a una cultura o subcultura juvenil, o tendrían influencia en alguna de ellas. Y, evidentemente, la existencia de hechos aislados no justificaría una generalización al conjunto de los jóvenes que forman parte de una subcultura juvenil.

<sup>(2)</sup> Carey, B. (27-02-2013). “Videojuegos y violencia, un nexo cuestionable”. *El País*, [https://elpais.com/tecnologia/2013/02/27/actualidad/1361997817\\_218357.html](https://elpais.com/tecnologia/2013/02/27/actualidad/1361997817_218357.html)

Igualmente, uno de los fenómenos relacionados con la violencia juvenil más claros es el *bullying*, que ha adquirido una importante relevancia social, así como nuevas dimensiones con el *ciberbullying*, y cuyas consecuencias son muy graves (Fernández y Andrés, 2013). Sin embargo, habría que precisar la vinculación entre *bullying* y culturas y subculturas juveniles, que podría estar presente en la discriminación hacia algunos colectivos por su diferencia del resto, por su estética, etc.

Uno de los aspectos más importantes de las conductas antisociales, del uso de la violencia y de los comportamientos delictivos en los y las jóvenes es el de las motivaciones. Y, en este sentido, cobra especial importancia la imitación y el peso del grupo: **“la realización del comportamiento criminal como ‘carta de presentación’ hacia su grupo de iguales** o mero refuerzo de la posición de líder o persona destacable dentro del grupo, lo cual le otorga un rol de poder, supremacía o admiración respecto al resto, quienes terminarán imitando las conductas ilícitas” (Morillas Fernández, 2013: 185). Este factor nos lleva a insistir en la importancia del grupo de iguales en las culturas y subculturas juveniles, que también es clave en no pocos casos en cuestiones como el consumo de drogas por ejemplo que, como hemos señalado, pueden dar lugar a comportamientos violentos y/o delictivos (Uceda-Maza et al., 2016).

También es destacable que muchos de estos actos son puntuales y que “en algunos jóvenes, la delincuencia es algo transitorio, utilizado para llamar la atención a falta de autodominio, mientras que para otros, se convierte en norma de vida” (Sánchez-Teruel, 2012: 9). Es evidente que el segundo caso son minoría y que, en la mayoría de ellos, es el grupo el que funciona como escudo de esos comportamientos, que en no pocas ocasiones formarían parte de un ritual, hecho que parece mantenerse en casos como los ultras de fútbol. Hay que señalar que, en la mayoría de las situaciones, estas formas de violencia se dan en grupo, ya sea en enfrentamientos con otros grupos, agresiones, etc.

En definitiva, como en el caso de la evolución de las culturas y subculturas juveniles, la relación con el uso de la violencia y las conductas antisociales estaría marcada por su posición en relación a la cultura dominante. Hay culturas y subculturas que están más vinculadas a la rebeldía y al cuestionamiento del orden, lo cual no quiere decir que tengan que derivar necesariamente en conductas antisociales o violentas. Sin embargo, sí que es cierto que se utiliza esa desviación de las normas sociales convencionales como un medio para estigmatizar a los jóvenes y generalizar comportamientos que son puntuales y aislados, dando lugar a situaciones de pánico y alarma social.

#### **4. El complejo escenario actual de las culturas y subculturas juveniles y su relación con la violencia**

El mundo de la juventud se ha transformado en las últimas dos décadas, se han dado cambios en las etapas y procesos que marcan el ingreso en el mundo adulto, así como los componentes de un periodo que se ha ampliado (antes identificada con el acceso al mundo laboral, la emancipación, la formación de una familia, etc.), se está retrasando; y que ya no está tan marcado como en periodos anteriores, que contaban con unos ritos de paso mucho más claramente definidos: “La Juventud no podía ser menos, los estilos se han difuminado, las músicas se han fusionado, las parcelas de actuación y los espacios se han mezclado y las fronteras han desaparecido. Las subculturas

ya no son reivindicativas, no tienen un mecanismo de lucha, ni una intención de cambio social, ya no son una contracultura, ni en su forma pura inicial, ni siquiera como grupo de presión” (Bermúdez y Carvajal García, 2007: 2).

Es interesante observar ese cambio que se ha dado en relación a los componentes reivindicativos de las culturas y subculturas juveniles, señalado por algunos autores, a la par que hay otras transformaciones vinculadas a la difusión de los elementos que conforman las mismas, la mezcla de elementos culturales y el cambio en relación al espacio y el territorio, y todo ello bajo la influencia de las TIC (Feixa, 2006). **Son culturas y subculturas, como todas, en las que se da un mayor eclecticismo e hibridación.**

En este sentido, hay que destacar la transformación del ocio y de sus tiempos, convertido en un consumo permanente (Álvarez Villa, 2008). De esta forma, hasta hace poco tiempo “subculturas e ídolos mediáticos no solamente cubrían dichas necesidades juveniles de identificación, reafirmación y apropiación de nuevos estilos de vida, sino que además, fueron facilitando patrones y pautas concretas de comportamiento y participación de la juventud en el cambio social” (Ángeles Rubio y San Martín Pascual, 2012: 198).

Por un lado, **subculturas y tribus urbanas perderían en parte esa dimensión territorial ante los cambios sociales, tecnológicos y urbanísticos.** La propia ciudad se ha transformado y hay un nuevo marco de acción, Internet, por lo que son necesarios nuevos esquemas interpretativos, especialmente en todo lo relacionado con la dimensión colectiva de estos grupos. Además, dentro de estos procesos, también cambiarán los comportamientos violentos y antisociales, incluso las formas de canalizar esa frustración, dentro de un contexto en el que la ‘subversibilidad’ se transforma y los comportamientos violentos están cada vez menos justificados y son más censurados.

La ampliación de la propia edad juvenil o la incorporación de determinados estilos juveniles en etapas posteriores, no deja de reflejar un escenario que condiciona en parte las adhesiones grupales, culturales y subculturales. Si **la ruptura con las generaciones anteriores era el motivo de incorporarse a las mismas, estableciéndose claramente una alteridad, ¿cómo va a darse esa situación si cada vez más integrantes de esas generaciones mantienen o desarrollan comportamientos juveniles?**

En todo caso, vuelve a hacer su aparición como variable determinante el ocio y el tiempo libre. Si durante buena parte de la segunda mitad del siglo XX no cabe duda de que era un indicador claro de esas culturas y subculturas juveniles, estructurando y canalizando la experiencia siendo la música fue uno de sus indicadores más claros, en el siglo XXI el ocio y el tiempo libre ha alcanzado todavía una mayor dimensión, pero de forma más individualizada. Es decir, la experiencia ya no es tan compartida sino que cada persona la construye de acuerdo a sus gustos y preferencias de forma individual. Aunque sigue existiendo esa dimensión grupal, las fronteras se difuminan, el eclecticismo se impone y **se genera una cultura del “picoteo”, y ese hecho también se puede llevar a las identidades.** En el pasado, las categorizaciones estaban basadas en un modelo más estanco, se formaba parte de una subcultura y no se podía adquirir fácilmente un elemento o seña de identidad de otras, al contrario, podía ser visto como una traición. Además, su carácter subversivo también queda difuminado, se asume el orden establecido.

Los y las jóvenes siguen buscando seguridad e identidad en los grupos de los que forman parte (Maffesoli, 1990), pero también es un hecho que

el significado de los mismos ha cambiado. El concepto de modernidad líquida de Bauman (2002) se puede aplicar en este ámbito, aunque no cabe duda de que la importancia de esa etapa para los y las jóvenes, y las incertidumbres que les rodean siguen haciendo necesaria esa adscripción al grupo. Pero, ¿sirven los mismos mecanismos del pasado para generar esos sentimientos y cumplir esas funciones?, ¿en qué ámbitos están buscando nuevos mecanismos de identidad? Como hemos venido señalando, el ocio y el tiempo libre se han transformado, incluso se ha producido una ruptura espacio - temporal al estar conectados las veinticuatro horas del día. Los videojuegos, Internet, las Redes Sociales, etc., están funcionando tanto como medio como fin. Medio de las anteriores culturas y subculturas juveniles, ahora más difuminadas en procesos de homogenización, y con la transformación de la industria musical. Fin, porque pueden generar nuevas culturas y subculturas juveniles, nuevas fuentes de identificación.

Culturas y subculturas juveniles, las tradicionales y las actuales, tienen una relación cada día más difusa con la subversión, con el hecho de canalizar a través de estas la frustración de los jóvenes, con los comportamientos antisociales y con el uso de la violencia. Si bien, la juventud seguirá siendo la etapa vital de la rebeldía pero menos organizada, en una sociedad 'hiperindividualista' (como la tilda en el título de uno de sus numerosos ensayos Giles Lipovetsky, 2006), de primeras necesidades cubiertas, pero escasas expectativas de vivir mejor que sus antecesores.

## Conclusiones

La juventud es un colectivo heterogéneo y constituye una parte muy activa de la sociedad, a través de una constante interacción y diálogo. Pero no es menos cierto que la juventud ha visto cómo sus significados y fuentes de identificación han ido transformándose con los constantes cambios en todos los ámbitos: "en la actualidad las subculturas transmiten la sensación de que se conforman con sobrevivir y con delimitar y organizar un espacio propio. De hecho, parecen vivir superficialmente, su forma de expresión es el estilo estético y ético, la instantánea de una singularidad que conforma un gusto, una manera de entender y una agregación destinada a crear un nuevo uso de lo común, de lo cotidiano y de lo público" (Bermúdez y Carvajal García, 2007: 5).

**El consumismo es clave para entender también las nuevas funciones de las culturas y subculturas juveniles.** Un mundo en el que cada vez somos más lo que consumimos, el estilo de vida propio, que cómo somos, que va conformando nuestra identidad. Si en las décadas anteriores la subversión, las conductas antisociales, etc., contra el orden establecido, eran explícitos, no parece que en la actualidad vayan a operar de la misma forma. En primer lugar, porque no se observa un comportamiento contracultural o subversivo expreso. Y, en segundo lugar, es el consumo el que define a cada joven, como manifestación del estatus. Obviamente, siempre estará presente la influencia del grupo de pares, el inconformismo, el conflicto intergeneracional, el no encontrar el propio sitio en sociedad, etc. Se convierten en objeto de consumo las subculturas, por lo que pierden su carácter subversivo, lo que implica una menor presencia de actitudes violentas y conductas antisociales.

El mercado también ha contribuido, al incorporar las diferentes culturas y subculturas, haciéndoles perder todo el carácter subversivo y contracultural. En la actualidad, las grandes cadenas de ropa venden camisetas de ídolos del *Punk*, el *Rock & Roll*, el *Heavy Metal*, el *Hip Hop* y el *Rap*, entre otros,

perdiendo su verdadero significado, y primando el sentido estético. Sin duda en tanto la juventud ha sido siempre pionera y promotora de nuevas modas, ya sea la mini falda o los vaqueros a cuenta de los movimientos de los sesenta, como el hippie, o cuando las firmas de moda incorporaron el estilo Grunge a comienzos de los noventa del siglo XXI. Las culturas y subculturas juveniles, incluso las más contraculturales, son absorbidas por el sistema y canalizadas. Sin embargo, hay que insistir de nuevo en que estas han sido, y son, minoritarias, y que los comportamientos violentos que puedan darse tampoco han sido significativos, siendo amplificadas por el altavoz de los medios de comunicación. Y que, en la actualidad, es un fenómeno que se va reduciendo a los ultras de fútbol, y especialmente los que se encuentran en posiciones políticas más extremistas, aunque no es menos cierto que en ocasiones alcanza una elevada intensidad (quedadas entre grupos de ultras, destrozos en el mobiliario urbano, etc.).

Igualmente, habrá que observar qué está ocurriendo en este sentido con la evolución de Internet y la ciberdelincuencia, si se puede hablar de una cultura o subcultura hacker, o si determinadas conductas antisociales se están produciendo en la red, estando vinculadas al cuestionamiento del orden social y a la rebeldía propia de los y las jóvenes. Aunque, en este caso, el uso de la violencia tendría otras matizaciones. Obviamente, no se daría una violencia física sino verbal, e incluso manifestaciones o situaciones de incitación a la primera. Pero, lo que sí que parece observarse, es que se ha pasado de la frustración al nihilismo, característico de una sociedad de consumo exacerbado que apura el ahora, frente a las escasas expectativas.

#### Referencias bibliográficas

**Adán, T.** (2004). "Ultras, culturas del fútbol". *Revista de Estudios de Juventud*, 64, 87-100.

**Alcoceba Hernando, J.A. y Hernández Fernández, C.** (2015). *Iconología de los valores juveniles. Autoimagen, estereotipos y subculturas de los jóvenes universitarios*. Madrid, Centro Reina Sofía sobre Adolescencia y Juventud.

**Álvarez Villa, J.** (2008). "Violencia escolar, sociedad violenta y seudodemocracia". En *El malestar de los jóvenes: contextos, raíces y experiencias*, editado por J.C. Mingote y M. Requena, 258-278. Madrid, Ediciones Díaz de Santos.

**Andrés Cabello, S.** (2015). "Sociedad outlet - sociedad low cost: la clase media vuelve a casa". *Ehquidad. International Welfare Policies and Social Work Journal*, 4, 11- 30. DOI: doi:10.15257/ehquidad.2015.0007.

**Andrés, S. y Ponce de León, L.** (2016). "El escenario de vulnerabilidad de los jóvenes en España". *Trabajo Social Hoy*, 79, 7-26. DOI: <http://dx.doi.org/10.12960/TSH.2016.0013>

**Bauman, Z.** (2002). *Modernidad líquida*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

**Bermúdez, M.A. y Carvajal García, J.** (2007). "Relación entre Subculturas juveniles y Delincuencia. Primera aproximación". *Congreso Internacional. Fenómenos de delincuencia juvenil*, Sevilla.

**Cañedo, M.** (Coord.) (2017). "Sudar material". *Cuerpos, afectos, juventud y drogas. Una etnografía de los consumos de atracción entre los jóvenes madrileños*. Madrid, Centro Reina Sofía sobre Adolescencia y Juventud.

**Cohen, S.** (2017). "Demonios populares y "pánicos morales". *Delincuencia juvenil, subculturas, vandalismos, drogas y violencia*". Barcelona, Gedisa.

**Chicharro Merayo, M.** (2014). "Jóvenes, ficción televisiva y videojuegos: espectáculo, tensión y entretenimiento. Tendencias generales de consumo". *Revista de Estudios de Juventud*, 106, 77-91.

**Del Val Ripollés, F.** (2017). *Rockeros insurgentes, modernos complacientes: un análisis sociológico del rock en la Transición (1975-1985)*. Madrid, Fundación SGAE.

**Feixa, C.** (2014). *De la Generación @ a la # Generación. La juventud en la era digital*. Barcelona, Ned Ediciones.

- Feixa, C.** (2006). "Del fantasma de las bandas a la realidad de los jóvenes". *Cuadernos de Pedagogía*, 359, 24-27.
- Feixa, C.** (1999). *De jóvenes, bandas y tribus. Antropología de la juventud*. Barcelona, Ariel.
- Feixa, C.** (1994). "De las bandas a las culturas juveniles". *Estudios sobre las Culturas Contemporáneas*, V (15), 139-170.
- Feixa, C. y Sánchez García, J.** (2015). "De las culturas juveniles a los estilos de vida: etnografías y metaetnografías en España, 1985-2015". *Revista de Estudios de Juventud*, 110, 105-129.
- Fernández, T. y Andrés, S.** (2013). "La violencia escolar se sienta en las aulas: una reflexión sobre sus causas, consecuencias y vínculos sociales". *Trabajo Social UNAM*, 4, 106-121.
- Hernández, E.** (2014). *El fin de la clase media*. Madrid, Clave Intelectual.
- Huertas Díaz, O., Díaz Mejía, N.M. y Trujillo González, J.S.** (2016). "David Matza: perspectiva criminológica de la deriva de la delincuencia juvenil". *Revista Criminalidad*, 58 (3), 49-60.
- Lázaro, A.** (2008). "Violencia juvenil". En *El malestar de los jóvenes: contextos, raíces y experiencias*, editado por J.C. Mingote y M. Requena, 209-226. Madrid, Ediciones Díaz de Santos.
- Lenore, V.** (2014). *Indies, hipsters y gafapastas. Crónica de una dominación cultural*. Madrid, Capitán Swing.
- Lipovetsky, G.** (2006). *Tiempos hipermodernos*. Barcelona: Anagrama.
- Maffesoli, M.** (1990). *El tiempo de las tribus*. Barcelona, Icaria.
- Matza, D. y Sykes, G.** (2014). "Delincuencia juvenil y valores subterráneos". *Delito y Sociedad*, 23 (38), 119-129.
- Megías Quirós, I. y Ballesteros Guerra, J.C.** (2013). *Mismas drogas y distintos riesgos. Un ensayo de tipología de jóvenes consumidores*. Madrid, Fundación de Ayuda contra la Drogadicción.
- Montero Hernanz, T.** (2014). "La criminalidad juvenil en España (2007-2012)". *Criminalidad*, 56 (2), 247-261.
- Montero Hernanz, T.** (2011). "La delincuencia juvenil en España, en datos". *Derecho y Cambio Social*, 8 (23).
- Montiel Juan, I.** (2016). "Cibercriminalidad social juvenil: la cifra negra". *Revista de Internet, Derecho y Política (IDP)*, 22, 119-131.
- Morillas Fernández, D.L.** (2013). "Análisis de las principales variables de la delincuencia juvenil en España". *Revista de Derecho, Empresa y Sociedad (REDS)*, 3, 173-210.
- Osorio, R.** (2008). "Impulsividad y agresividad en adolescentes". En *El malestar de los jóvenes: contextos, raíces y experiencias*, editado por J.C. Mingote y M. Requena, 195-207. Madrid, Ediciones Díaz de Santos.
- Polaino-Lorente, A.** (2008). "Violencia juvenil y violencia familiar". En *El malestar de los jóvenes: contextos, raíces y experiencias*, editado por J.C. Mingote y M. Requena, 227-256. Madrid, Ediciones Díaz de Santos.
- Pozuelo Pérez, L.** (2013). "Delincuencia juvenil: distorsión mediática y realidad". *Revista Europea de Derechos Fundamentales*, 21 (1), 117-156.
- Rubio Gil, A. y San Martín Pascual, M.A.** (2012). "Subculturas juveniles: idolatrías, identidad y nuevas tendencias". *Revista de Estudios de Juventud*, 96, 197-213.
- Sánchez-Teruel, D.** (2012). "Factores de riesgo y protección ante la delincuencia en menores y jóvenes". *Revista de Educación Social (RES)*, 15, 1-12.
- Tajfel, H.** (1984). *Grupos humanos y categorías sociales*. Barcelona, Herder.
- Tejero Salguero, R., Pelegrina del Río, M. y Gómez Vallecillo, J.L.** (2009). "Efectos psicológicos de los videojuegos". *Comunicar*, 7 (1), 235-250.
- Uceda-Maza, X., Navarro-Pérez, J.J., Pérez-Cosín, J.V.** (2016). "Adolescentes y drogas: su relación con la delincuencia". *Revista de Estudios Sociales*, 58, 63-75. DOI: <http://dx.doi.org/10.7440/res58.2016.05>
- Vázquez, D., Fernández, E., Planells-Struse, S. y Belmonte, M.** (2014). "El perfil geográfico de la delincuencia juvenil: Un análisis de las características espaciales asociadas a la movilidad delictiva de los jóvenes". *Revista Española de Investigación Criminológica*, 6 (12), 1-37.